
LA GRAN SIMPLIFICACION

Los intelectuales americanos y su visión de los Estados Unidos como modelo del último capitalismo*

Amando de Miguel

La tesis de las páginas que siguen es bien simple, porque supone hacer explícita la gran simplificación latente en los recientes escritos de muchos intelectuales americanos, a saber, la que implica que los Estados Unidos son la realización en la tierra del modelo o ideal del capitalismo avanzado. Para los defensores de esa idea la identificación significa que el capitalismo asegura su supervivencia mediante el poderío americano. Para los que la atacan, el supuesto resulta igualmente nacionalista, sólo que del otro lado: el declinar de la hegemonía americana en el orbe capitalista equivale al mismo tiempo al fin del capitalismo. Mis propias presunciones son harto menos seguras y más complejas. Considero que el capitalismo toca a su fin en un plazo vislumbrable y también debe estar llegando a su término el papel hegemónico de los Estados Unidos, pero los dos hechos se me aparecen como analíticamente independientes. Claro está que mi propósito en este trabajo no es el de exponer mis propias creencias, cuanto de presentar y explicar las que distin-

* Este trabajo es parte y avance de un libro en preparación titulado provisionalmente *Para después del capitalismo*, auspiciado por el Instituto Nacional de Prospectiva. Mi agradecimiento a su director, Jesús Moneo, y al jefe del Gabinete de Estudios Avanzados de dicho Instituto, José Ramón Masaguer.

guen a los intelectuales americanos sobre el particular. Lo primero que hay que decir es que las grandes simplificaciones no son menos reales, ni menos intelectuales, que las pequeñas complejidades.

La lógica del último capitalismo

La idea del *último* capitalismo se presenta como sobremanera ambigua: contiene el sentido de que es su forma más reciente y avanzada, y también que no hay que esperar ninguna otra. No le quitemos al término esa espléndida imprecisión, porque así conviene al argumento que aquí se va a seguir. Vamos a ver cómo se aplica ese modelo a la situación americana. Lo primero que hay que decir es que el sustantivo sigue siendo la sustancia. Es *capitalismo* porque la propiedad del capital determina todo lo demás, más que otras características. Su carácter de ultimidad viene dado porque esa propiedad es en gran medida, como dice Birnbaum, «propiedad administrativa», esto es, la que se desprende de la posesión y se funda más en la disposición. Esos «últimos propietarios» son los dirigentes de las grandes organizaciones, sean empresariales o estatales, puesto que en Estados Unidos «la mayoría de las funciones de la Administración pública consisten en proporcionar la infraestructura adecuada a las operaciones de las empresas privadas» (Birnbaum 71a: 382). La relación básica de la clase trabajadora con esa minoría de «últimos propietarios» sigue siendo la de alienación, si bien lo novedoso es que los efectivos de esa clase trabajadora pasan antes por centros de enseñanza de nivel medio y aun superior, lo cual crea una falsa ilusión de igualitarismo.

No todos los propietarios son clase dominante, pero esta obvia consideración no debe llevar a la falacia de que la clase dominante no es propietaria. Lo es en el superior sentido de que domina porque el sistema capitalista gira sobre la defensa del derecho de propiedad por delante de todos los demás. Lo es también porque consigue que el Estado proteja ese derecho en todo el orbe donde actúan los intereses de las empresas privadas.

Esa eficaz simbiosis entre los intereses públicos y privados, hasta conseguir que estos últimos dominen el mercado de medio mundo, da lugar a la intraducible idea de *corporate state*. No es exactamente el Estado corporativo, sino el «Estado para los negocios» o el «Estados empresarista» y más que Estado podríamos decir régimen político. Lejos de corresponderse con un modelo autocorrector de mercado, las grandes empresas de escala global, pero radicadas mayormente en Estados Unidos, se comportan como verdaderos «gobiernos privados», sin el grado de legitimidad y responsabilidad que corresponde a los otros Gobiernos democráticos (Fusfeld 72: 3). Fuera de ese papel de apoyar los intereses de las grandes empresas, se puede decir que el Estado norteamericano es más bien débil en relación a lo complejo de la sociedad

que trata de organizar. Tan débil que se puede ver como un instrumento de refuerzo de los intereses empresariales en la medida en que legitima la extracción de impuestos y el gasto público para mantener servicios no rentables o para subvencionar de diversas maneras las actividades de las empresas privadas. Se ha hablado así de un *capitalismo* de Estado cuyo objetivo es:

Socializar los costes y privatizar los beneficios de tal manera que la clase trabajadora pague por la prosperidad de la clase dirigente. [...] El Estado aparece como un intermediario que asegura la supervivencia de un sistema encargado de suministrar poder y riqueza a la clase propietaria (Anderson 74: 240).

El Estado, en el sistema americano, consigue repercutir la carga fiscal sobre los individuos, no sobre las empresas, y con ese dinero público acomete muy pocos servicios públicos administrados de manera directa; lo que hace más bien es convertirse en cliente de las grandes empresas para la provisión de una serie de servicios públicos, incluidos la investigación científica y el aparato militar, de cuya actividad se vuelven a beneficiar otra vez las grandes empresas.

Los cuantiosos gastos militares de Estados Unidos (algo así como un tercio del total mundial, se dice pronto) son un refuerzo del imperio y una permanente inyección al proceso inflacionario. Ambas cosas sirven sobre todo a los intereses de las grandes organizaciones económicas privadas en el siguiente sentido:

Los gastos militares son un instrumento para preservar la actual situación de desigualdad y prevenir cualquier mejora en la distribución de la renta. Más aún, el gasto militar se adapta de maravilla a los objetivos del capitalismo en la medida que no es competitivo, contiene una obsolescencia estructural y presenta un ilimitado techo de consumo (Anderson 74: 254).

El objetivo central y obsesivo de las grandes empresas no es repartir más dividendos, sino crecer. Esa expansión no se ha detenido, sino que se ha agrandado, como resultado de la crisis económica de 1973. Según datos del Gobierno americano, las empresas americanas con filiales extranjeras ven crecer sus cifras de ventas en el extranjero en la fantástica progresión y a los mareantes niveles que indica la primera columna del cuadro adjunto:

AMANDO DE MIGUEL

Años	Empresas multinacionales. Ventas al extranjero, en miles de millones de dólares	Salario medio semanal de los trabajadores asalariados en Estados Unidos	
		Dólares de 1967	Dólares de cada año
1966	98
1968	121
1970	156	112	130
1972	212	115	144
1974	438	116	169
1975	...	116	185

FUENTE: *Statistical Abstract of the U.S. 1976*, pp. 519 y 377.

En el entretanto, en esos años finales de la crisis aumenta el desempleo en todo el mundo, quiebra una infinidad de empresas pequeñas y se reducen para muchos trabajadores. La gran crisis económica de 1973 y años siguientes no lo ha sido, pues, para todo el mundo por igual. Incluso dentro de Estados Unidos se nota agudamente la crisis en la práctica —congelación del nivel de salarios reales—, como se señala en las cifras de la segunda columna del cuadro. Se demuestra con toda claridad que lo que es bueno para la General Motors no lo es para el pueblo de los Estados Unidos; ni mucho menos para el resto de los pueblos. Se comprende que, incluso desde una posición tradicionalista, se haya escrito en Estados Unidos que «las empresas gigantes son una institución antidemocrática y tiránica» (Rifkin 75: 53). Qué no será la visión desde los otros países —la mayoría— que son sólo mercado, territorio de ventas, para esas gigantes multinacionales.

En opinión gráfica del presidente de la IBM, «a efectos empresariales las fronteras que separan a los países no son más reales que la línea del ecuador» (Barnet 74: 14). La expresión es retórica, pero apunta a una novedad radical que por primera vez se ha logrado en el cenit del siglo xx: la producción y distribución sistemática de bienes se realiza a escala planetaria por grandes organizaciones cuyo control escapa incluso a los Estados que domicilian las oficinas centrales de esas empresas. Esta catolicidad no la ha conseguido hasta ahora el capitalismo; aún falta el paso final de que las mismas organizaciones operen indistintamente en países capitalistas y socialistas. Este proceso ha comenzado ya.

De momento, el aspecto planetario se consigue a través de una «diplomacia empresarial» por la que la política exterior y militar de los principales Estados capitalistas, y de modo singular Estados Unidos, se preocupa de defender los intereses privados como si fuera un objetivo público. El fin más mediato de la política de las grandes empresas es lograr romper la lealtad nacional para sustituirla por la lealtad a la empresa en cuestión. Es así que muchas de esas organizaciones adoptan la táctica simbiótica de acoplarse al

estilo y maneras de cada una de las comunidades nacionales en donde operan, de tal manera que los consumidores acaban olvidando la conexión real con la empresa matriz (Barnet 74: 90).

La política de las grandes empresas planetarias no es tanto el beneficio inmediato como la capacidad de crecimiento continuado del conjunto, su extensión geográfica cada vez mayor. Nunca en toda la fáustica historia del capitalismo se ha producido un movimiento de acumulación tan intenso como el que corresponde a la vida de las grandes empresas norteamericanas durante los últimos lustros. Veamos tan sólo un «modesto» ejemplo, el de la Xerox, aunque sólo sea porque esta empresa vende el principal servicio que ha consumido el presente estudio. En 1960 la Xerox vendió tan sólo 15 millones de dólares, 1.500 millones en 1969 y más de 4.000 millones en 1975 (Drucker 71: 49 e información en *Fortune*, mayo de 1976). Téngase en cuenta que en 1975 hay por delante de la Xerox 40 empresas americanas con cifras de ventas aún mayores. Hay una docena de esos mastodontes económicos que sobrepasan los 10.000 millones de dólares de cifra de ventas. Para tener una idea de lo que significa ese estratosférico techo, bastará recordar que esa cifra de 10.000 millones de dólares corresponde aproximadamente al valor de los Presupuestos Generales del Estado español en 1974. No es, pues, una simple licencia retórica decir que las empresas multinacionales son otros tantos «Estados» en el concierto económico mundial. No son sólo «Estados» por su capacidad de decisión económica, sino que lo son en el privilegiado sentido de que a esos mamuts de la producción económica les afecta muy poco la crisis económica general. Esta no es de las del tipo previsto para el marxismo victoriano, puesto que la tasa de acumulación y de beneficios de las grandes empresas no tiende a decrecer. Es una crisis que afecta a la miríada de pequeñas empresas y consumidores con menos recursos, es decir, a la clase trabajadora que se aloja preferentemente en los países pobres. Países pobres a estos efectos son los que no son sede de empresas multinacionales, los que han de pagar el doble precio del paro y la inflación en sus cotas más incontrolables. Es esa diferencia cualitativa y radical de poder, y no la misteriosa y cuantitativa «plusvalía» o conjunto de beneficios empresariales, la principal contradicción del capitalismo, la simiente de su apogeo y la pendiente de su decadencia. Simplemente, no puede proyectarse hasta el infinito el crecimiento de unas cuantas empresas de un país o de unos pocos países a costa del estancamiento de la mayor parte de la humanidad. Esta es la auténtica línea de la explotación contemporánea. La última crisis del capitalismo lo es por el sufrimiento de los muchos en favor de la ventaja para unos poquísimos. No es menor sufrimiento general el que se deriva del supuesto de «crecimiento por encima de todo» que caracteriza al funcionamiento lógico de las empresas multinacionales. Ese crecimiento indiscriminado suele ser, por ejemplo, bastante insensible al problema de agotamiento de los recursos naturales y al

de la degradación de la naturaleza. De un modo más general sucede que la gran empresa toma importantes decisiones no responsables; en este sentido se puede decir que es un «contra-Estado».

Peter Berger nos recuerda la impresión semiótica que asalta la mirada de un viajero que se traslada de un país socialista a otro capitalista. Esa impresión es la «cacofonía de la publicidad» capitalista que viene a sustituir al «bombardeo de los innumerables mensajes con recomendaciones ideológicas y políticas» que asalta al ciudadano socialista (Berger 76d: 32). Ahora bien, lo distintivo del mundo capitalista no es tanto la publicidad como que los anuncios ubicuos despliegan el mismo tono familiar que les presta su vinculación con las empresas multinacionales, abrumadoramente norteamericanas. Si no fuera por ese conjunto de empresas, se puede decir que la publicidad masiva desaparecería y con ella el capitalismo en su postrera fase. Recordaré de pasada que la mayor parte de los anuncios de los productos multinacionales no se dirigen a reforzar la competitividad del mercado, sino a realzar la «imagen», la «presencia» de la empresa que los emite, y en ese sentido se parecen otra vez a los carteles de propaganda política que se ven en los países socialistas. La paradoja es así que lo más característico del sistema capitalista, es decir, las empresas multinacionales, no son un exponente de la idea del mercado competitivo, sino una degradación de esa idea proveniente a un capitalismo familiar que el viento de la historia se llevó. Las relaciones de las grandes empresas entre sí y con el Estado no se rigen por las leyes del mercado competitivo, puesto que son simbióticas. Galbraith apunta en un reciente artículo que es este efectivo ser tan distinto del deber ser, lo que lleva al público a pensar que el ámbito de las grandes empresas es algo «ilegítimo o fraudulento» (Galbraith 78: 6).

Hablamos todavía de «empresas» porque no tenemos otra palabra. En realidad se trata de conjuntos financieros que controlan múltiples organizaciones y fábricas, a su vez gigantes, y cada vez más pertenecientes a ramos muy diversos y que operan en muchos países. En realidad, la cúspide de la pirámide, la sede central no «fabrica» nada, ni siquiera a veces «vende» nada más que decisiones financieras y organizativas. El poder de la nueva clase que domina esos conglomerados se deriva no tanto de la propiedad personal de acciones como de la habilidad para manipular el dinero de los demás, incluyendo el de las subvenciones y los contratos públicos. Su mentalidad no es la de propietarios, ni siquiera la de empresarios, sino la de jugadores en el doble sentido de juegos deportivos y juegos de azar. Ganar el juego es crecer hasta el punto de que sus productos —como señala el eslogan de una famosa marca de pinturas— cubran toda la Tierra. De ahí que el término «em-

presa» se quede pequeño y la calificación de «multinacional» tampoco sea muy apropiada por cuanto el carácter global del mercado de esas empresas contrasta con su ubicación central en muy pocas ciudades de contadas naciones. Dicho más claramente, es imposible comprender el juego de las empresas multinacionales sin entender su vinculación con el sistema capitalista en USA.

Las extravagancias del capitalismo en USA

El modelo capitalista se realiza del modo más puro en USA no sólo porque este país acumula riqueza y poder en dosis abrumadoras, sino porque ello se realiza en una sociedad en la que faltan muchos de los elementos precapitalistas que distinguen a los países europeos, y no digamos a Japón, y que actúan como amortiguadores históricos del desarrollo capitalista. No es el menor la existencia de tradiciones aristocráticas, corporativas, funcionariales, en suma, de un aparato público anterior en cierta manera a la acumulación capitalista. Esta mayor pureza del capitalismo americano es el fundamento lógico de la gran simplificación de la que estamos hablando. Tanto es así que resulta difícil hoy componer el discurso sobre los avatares del último capitalismo sin hacer referencia a su encarnación norteamericana, cosa bien prescindible en tiempos de Marx.

No es sólo que falten amortiguadores históricos. El capitalismo americano se desenvuelve en la excepcional situación de ser prácticamente el único que se mueve sin real oposición política. Los dos partidos turnantes lo defienden y falta en la arena política la representación efectiva de algo parecido a un partido socialista o comunista como tienen todos los demás países capitalistas democráticos. Las causas de esta llamativa ausencia no son para relatarlas aquí. Las consecuencias son el superconsumo y al mismo tiempo el desmantelamiento de los servicios públicos que proporcionan más igualdad, es decir, del Estado. McGeorge Bundy señala esta llamativa ausencia de la idea del Estado en la política americana, volcada como está a la defensa de intereses particulares, de tal manera que la política exterior de la metrópoli imperial apenas cuenta en la conducta electoral. Quien lo dice ha sido por mucho tiempo presidente de la Fundación Ford, el epítome de esa sustitución del Estado por organizaciones privadas. Sabe lo que dice cuando constata que «entre nosotros el Estado como tal es un concepto que interesa sólo a los investigadores sociales» (M. Bundy 78: 290). He aquí que la sociedad con mayor «nivel de vida» no es la de más bajo «nivel de muerte» por culpa de un deficiente y explotador sistema sanitario. Es sólo un ejemplo, pero dramático. En el cuadro adjunto figura una somera indicación de lo que digo. No todos los países capitalistas ricos logran mejorar del mismo modo el sistema sanitario de acuerdo con los recursos económicos disponibles. El caso más contradictorio

y escandaloso resulta ser el de Estados Unidos. Llama la atención que la mortalidad infantil en USA sea más elevada que en casi todos los países del capitalismo avanzado.

Países ("circa" 1974)	"Nivel de vida": Teléfonos por 1.000 habitantes	"Nivel de muerte": Fallecidos de menos de un año por 1.000 nacimientos
Estados Unidos	68	17
Suecia	63	10
Suiza	59	12,5
Dinamarca	43	11,5
Finlandia	36	10
Japón	36	11
Holanda	34	11
Noruega	34	10,5
Francia	24	12

FUENTE: *Statistical Yearbook of the United States*, 1976, pp. 871 y 891.

Democracia y capitalismo van unidos históricamente en USA, pero la política exterior americana suele anteponer la «libertad de empresa» a cualquier otra libertad. No es verdad que la libertad sea un principio indivisible. Los aliados y vasallos de Estados Unidos pueden adoptar un margen amplio de políticas, pero en él no cabe la de nacionalizar por sistema las empresas con filiación americana. Con esa cláusula por delante, se cercenan muchísimo las opciones reales que pueden ofrecer los partidos de izquierda de los países pluralistas que dependen de la hegemonía económica yanqui. La prepóstera expresión «mundo libre» alude en realidad al espacio en el que operan libremente las grandes empresas norteamericanas, y a su lado las de los otros países capitalistas centrales sin demasiados escrúpulos por los grados de real libertad que puedan darse en otros aspectos. Así se entiende con toda propiedad que bastiones de ese «mundo libre» hayan sido el Portugal de Salazar, el Chile de Pinochet o la España de Franco. El capitalismo americano puede coexistir con dictaduras, populismos y tiranuelos de toda laya, pero necesita por encima de todo preservar la «libertad de empresa» —se entiende, de sus empresas— en otros países. Hay que insistir en que en esta fase final no es posible el capitalismo en un solo país; al contrario, lo que se impone es el capitalismo imperial. «De acuerdo con el credo empresarial, la tarea del Gobierno de los Estados Unidos consiste en utilizar toda la panoplia de instrumentos a su alcance para mantener un clima apropiado en el resto de los países para que pueda asegurarse la expansión de la economía americana» (Barnet 72: 148). Por el momento, hay que reconocer que esa misión imperial ha sido

un éxito para sus promotores. En este sentido resulta poco avalado por los hechos el supuesto declive de la dominación de Estados Unidos, a pesar de sus recientes retiradas diplomáticas y militares, a pesar de la actual crisis económica, a pesar de la extensión universal de los sentimientos antiamericanos. Todo eso no es más que el consiguiente peso de la púrpura imperial. Lo que nadie puede detectar es el declive de las grandes organizaciones económicas americanas; al contrario, su capacidad de controlar los recursos de capital es cada vez mayor. Esos recursos son el bien más escaso, más aún que las materias primas. La expresión «libre empresa» resulta eufémica para describir ese sistema de enorme concentración de los recursos de capital más escasos en un manojito de empresas. De hecho, su uso se reserva en la práctica a los discursos de cortesía diplomática o a los anuncios de «imagen» de las grandes marcas multinacionales. Todo ello sirve de droga tranquilizante para compensar los efectos negativos que producen las noticias sobre la corrupción o el escándalo aún mayor de los precios rampantes e indiscutibles de los bienes que monopolizan esas grandes empresas. Los consumidores de todo el mundo capitalista saben muy bien que el precio de la gasolina, las medicinas, el teléfono o los automóviles, por poner un ejemplo, no se determina en ningún mercado libre, ni se corresponden a un riesgo en un sistema competitivo, sino que se acuerda internacionalmente con la estrecha colaboración de los Gobiernos y las grandes empresas.

La gente se percató igualmente de que las empresas multinacionales dicen defender la democracia, pero ninguna de ellas elige democráticamente a sus directivos, ni siquiera refleja en su equipo directivo la estructura de la población a la que corresponde el mercado de sus productos.

Los que defienden el capitalismo

En otras partes del mundo los defensores vocales del sistema capitalista no quieren aparecer como tales, porque ello implica, entre otras cosas, justificar que sus respectivas sociedades orbitan respecto de la hegemonía norteamericana. En Estados Unidos se puede defender con mayor gallardía el capitalismo porque ello tiende a reafirmar la identidad nacional. Después de todo, los Estados Unidos son una sociedad capitalista, pero muy pocas más lo son, si a esa calificación se añade la del reconocimiento de las libertades públicas más características, incluida, por supuesto, la libertad para enriquecerse sin ser obstaculizado por el Estado y aun protegido por él. Es esta excepcionalidad de la posición americana la que confiere un punto de razón a la tesis de la «gran simplificación» tal y como aquí se recoge. La cosa se complica porque el modelo americano se impone sobre medio mundo, pero no sin resistencia y no, sobre todo, sin grandes dudas por parte de los propios intelectuales americanos, cuyo pensamiento es el que aquí se trata de exponer y

analizar. La excepcionalidad americana lleva a algunos autores a preguntarse si el capitalismo puede llegar a sobrevivir en un solo país, un remedo de la cuestión que se propuso en la Unión Soviética después de la revolución. En los dos casos la respuesta es, evidentemente, negativa (Von Hoffman 75). Desde luego no es un país, sino unos pocos países, los que se rigen por el esquema capitalista de mercado, pero es el conjunto de países que cuenta con un menor potencial de materias primas, la gran escasez de la última crisis del capitalismo.

Michael Novak, un distinguido columnista católico y liberal, en un reciente artículo hace un completo apólogo de los «capitalistas vergonzantes» (*closet capitalists*), los que, según él, se sienten partidarios del sistema capitalista en el que viven sin atreverse a defenderlo, cuando ese sistema es en verdad el que denota el éxito colectivo. Su recomendación es que hay que dejar de encubrir y disimular ese sentimiento que hace a los Estados Unidos un país tan grande por ser el tabernáculo del capitalismo. Su tesis es que el socialismo parte de la bondad humana, mientras que el capitalismo se asienta en el egoísmo natural, y sólo un sistema apoyado en una humanidad de pecadores puede conseguir la libertad. Y, sin dejar ese lenguaje bíblico, termina con este escandaloso apóstrofe:

¡Guárdate, mundo! Los capitalistas vergonzantes salen a la luz. No tienes por qué amarnos. No necesitamos tu amor. Si te podemos ayudar, lo haremos con alegría. Un sistema construido sobre el pecado se apoya ciertamente en un terreno sólido. La santidad del socialismo no va a dar de comer a los pobres. Los Estados Unidos pueden ser, como muchos de vosotros decís, el hijo pródigo más inútil y despreciable de todos los países. Esperad un poco y veréis quién puede ofrecer el mejor cordero (Novak 76b).

El tono de autocomplacencia ideológica es igualmente descarado en esta declaración de Peter F. Drucker, un famoso consultor de grandes empresas y autor de muy influyentes libros sobre organización industrial:

Una cosa hemos aprendido en los últimos cien años: que la mejor distribución de la renta no crea riqueza. Lo único que crea riqueza es hacer que los pobres produzcan. Esta ha sido la hazaña de los países desarrollados. Tenemos que conseguirlo ahora a nivel del mundo entero, y esto es lo que traerá más productividad y mayor rentabilidad. [...] La tarea primordial de un directivo de empresa es convertir las necesidades sociales en oportunidades rentables (Drucker 74a: 66).

Como puede verse, no hay que remontarse al siglo pasado para encontrar una defensa de la ética del beneficio, de la justificación de la explotación.

No siempre aparece tan descarada la identificación de los intereses del capitalismo con la defensa del interés nacional de los Estados Unidos. Una manera de disfrazar tal privilegiada asociación es la de contemplar la dimensión valorativa que corre pareja a esa descarnada dicotomía. Así, por ejemplo, el capitalismo se sustituye por la «civilización industrial» y en lugar de Estados Unidos se contempla la «cultura occidental» u otros equivalentes del mismo grado de abstracción. Realizada esta unión hipostática, cabe entonces anticipar que el destino de los Estados Unidos como nación es el que marca la salud de sus empresas. *The business of America is business*. No es una frase estereotipada de manual de historia. En un reciente libro Neil W. Chamberlain sostiene que:

Las instituciones empresariales son las depositarias de los valores de la sociedad americana, los valores que esas empresas han adoptado y por los que se han esforzado. Esos mismos valores se han llegado a subsumir en la identidad americana. Son un ingrediente esencial en la manera como los americanos se ven a sí mismos. Han llegado a ser parte del carácter nacional. Esto no es una sucia artimaña o una siniestra conspiración de la que los intereses empresariales se valen para engañar a la gente. Al contrario, la empresa es la médula del modo de vida que los americanos consideran como congénito (Chamberlain 77: 5).

Se sobreentiende en este párrafo que «empresa» (*business*) y sus derivados se refiere a la empresa capitalista, el necesario adjetivo que casi siempre eluden los intelectuales de la derecha al referirse al sistema económico patrocinado por los Estados Unidos. Esa interpretación no es sólo académica; conlleva importantes consecuencias políticas prácticas y graves como la de considerar que ser socialista es ser no-americano o, peor, antiamericano¹.

Irving Kristol, el apóstol de los neoconservadores, da en el blanco cuando sugiere que el radicalismo no ataca la sociedad americana, esto es, la realización terrena del ideal capitalista, como ese mismo ideal, que para ese autor equivale al «ideal americano» (Kristol 71: 4). Para este autor, la civilización capitalista genera de modo necesario el descontento de sus propios intelectuales; éstos intentan definir una «sociedad justa» —algo que sólo se puede imponer desde una minoría—, mientras que el capitalismo pretende tan sólo llegar a una «sociedad libre», si bien en su apogeo histórico significó un grado desconocido de justicia al entronizar el principio del mérito frente al de la herencia (p. 7). Al ex trotskysta Kristol le repugna la idea de que pueda apetecer tan sólo un deseado grado de libertad sin un paralelo nivel de justicia, es decir, aquella situación en la que «el poder, los privilegios y la propiedad se distribuyen conforme a algún criterio moralmente reconocido» (p. 8). Cabe

¹ Véase en este sentido mi libro *El poder de la palabra* (Madrid: Tecnos, 1978), pp. 36 y ss.

preguntarse si el sistema capitalista, en teoría o en su realización americana, puede dar lugar a ese «criterio moralmente reconocido». Estas páginas tratan de dilucidar esa grave cuestión. Adelanto que cada vez es más perceptible la resistencia de muchos intelectuales a una respuesta positiva a tal pregunta.

Otro neoconservador, Daniel P. Moynihan, sostiene que, en efecto, los deseos de igualdad y éxito económico mueven al mundo, pero más bien con escaso éxito. El fracaso en conseguir esos objetivos se proyecta sobre el sistema internacional, es decir, sobre las desigualdades entre los países, no tanto dentro de cada país. En la práctica ello equivale a arrinconar y culpar a los Estados Unidos. De nuevo aparece el destino nacional americano como la salvaguarda del orden capitalista. Esta es la racionalización defensiva:

El mundo actual se compone fundamentalmente de países socialistas y comunistas (todavía persiste esa distinción, en verdad importante), ninguno de los cuales considera al sistema democrático americano como un ejemplo de algo deseable. Envidian nuestra economía, pero su respuesta práctica no es tanto tratar de emularla como de destruirla (Moynihan 75b: 572).

Es decir, otra vez se recoge el típico argumento de la derecha apocalíptica que identifica el destino de los Estados Unidos con el del capitalismo, ambos cercados por un mundo malevolente.

*El capitalismo después de la última crisis económica:
los presagios de Heilbroner*

El destino del capitalismo, y de los Estados Unidos como su realización histórica, sufre un espasmo en estos últimos años como consecuencia de la crisis económica que se manifiesta a partir de 1973 con el alza en los precios del petróleo y otras materias primas.

Una típica respuesta intelectual al hecho de esa crisis es la que se contiene en el libro de Robert L. Heilbroner, *An Inquiry into the Human Prospect* (Investigación sobre el destino humano), que se desarrolla a partir de un denso manifiesto («The Human Prospect»), publicado en la *NYR*, de esos que hacen época. Heilbroner se revela en él como una especie de pesimista radical, acorde con el tono y el modo prevalente de la izquierda intelectual americana de los años setenta en esto tan distante de los triunfalismos de los neoconservadores. Trataré de resumir el esquema de ese artículo, que es como una grandiosa arquitectura de ideas. Se publica en enero de 1974, justo en el momento en que se conocen los primeros efectos de la crisis energética y es la primera respuesta a los terrores milenarios que a partir de ella se van a desatar por todo el orbe capitalista. Tres fuentes son las que surten

el pesimismo con que contempla el «destino humano» o, más propiamente, el de la sociedad capitalista:

- 1) Una serie de *acontecimientos* deslegitimadores, como la guerra del Vietnam, la violencia rampante y la ruptura generacional.
- 2) Un complejo de *cambios de actitud*, entre los que destacan un sentimiento de imprevisibilidad del futuro y una sensación de deterioro del medio ambiente. Ambas ideas confluyen en una conciencia de que no se puede continuar con las tasas acostumbradas de crecimiento económico, de que hay un techo para el nivel de producción, de que los costes del desarrollo pueden ser mayores que sus ventajas.
- 3) Una suerte de *malestar de la cultura* que refleja «la incapacidad de la civilización orientada hacia las mejoras materiales para satisfacer las aspiraciones del espíritu humano» (p. 22).

El diagnóstico es, en último término, el fracaso del sistema capitalista a escala planetaria. La etiología es también complicada. Heilbroner aísla tres series de datos: *a)* La insoluble situación demográfica para una gran parte de los países pobres. *b)* La diseminación nuclear que hace «irreparable» cualquier hipotética guerra con armas atómicas y que las puede convertir en un instrumento de chantaje en contra de los países ricos. *c)* El agotamiento de los recursos naturales y la multiplicación de los desechos industriales.

Heilbroner pasa ahora a examinar la capacidad que tiene el capitalismo y el socialismo de adaptarse a esos retos cósmicos. El capitalismo no ha terminado siendo ni el campo de Agramante que pronosticaba Marx ni la resolución de todos los conflictos y el control de todas las crisis que imaginaron Alfred Marshall o John Maynard Keynes. Tampoco ha sucedido que el socialismo se imponga en las sociedades industriales y mucho menos el ideal más reciente de que pueda coexistir con libertad. Nos encontramos, además, con el inesperado y paradójico resultado de que tanto en las sociedades capitalistas como en las socialistas la «civilización industrial» impone una serie de valores o prioridades difíciles de asimilar, tales como la importancia de la productividad, la necesidad de subyugar el entorno natural y la subordinación de la estética a la técnica. El capitalismo, sobre todo, exige como condición inseparable el móvil de la constante expansión económica, pero el crecimiento ha dejado de ser el objetivo prioritario en los modernos sistemas de capitalismo estatal. En su lugar se alza el móvil de redistribución de los bienes y servicios que entra en colisión con la ética burguesa. Es difícil prever cómo las sociedades capitalistas pueden seguir manteniendo la forma democrática, enfrentadas como están a esos problemas:

Se puede concluir lógicamente que el socialismo, con su vinculación a un sistema de economía planificada y con la libertad que supone la au-

sencia de propiedad privada, es más susceptible de adaptarse a una sociedad industrial en equilibrio estacionario que el capitalismo (p. 29).

Heilbroner insiste en que esa mejor adaptación del socialismo a las condiciones tan dramáticas del presente es *a corto plazo*. A la larga, esas perspectivas acabarán también por afectar al socialismo por cuanto en él también aparecen preeminentes las necesidades de la producción y de la técnica, aunque reposen sobre una cultura burguesa. Una anticipación previsible puede ser la constitución de Gobiernos autoritarios. Lo que hay que descartar es que la humanidad entera se una para enfrentarse con todos esos problemas a escala planetaria. Más cierto es que el nacionalismo siga siendo una fuerza positiva en la movilización de las suficientes energías como para saber pedir sacrificios a la generación actual en solidaridad con las futuras. Es también posible que muchos valores hoy aceptados, como el de la ciencia o el de la ética del trabajo, hayan de ser postergados en una sociedad que, será lo que sea, mas no «industrial». Es posible, incluso, imaginar el reencuentro con una cierta conciencia de las sociedades preindustriales: «la exploración de los estados interiores de la conciencia en lugar del mundo exterior de los hechos y del dominio material» (p. 34). Se volverá así a valorar la tradición y el ritual y a subordinar el desarrollo individual al de la colectividad. El espíritu del paciente Atlas, soportando el mundo, sustituye al de Prometeo, activo e incesante.

En su libro más reciente (compuesto igualmente de diversos ensayos anteriores), el prolífico y afamado Heilbroner continúa con su sociología futuroológica, esta vez para presentar su tesis sobre «el declinar de la civilización empresarial», una elegante manera de designar al capitalismo, el cual «está condenado a desaparecer» (Heilbroner 76: 9). La tesis no es sólo marxista, sino shumpeteriana. De ambas corrientes se nutre Heilbroner para pronosticar, no tanto el final de esa trayectoria, como las etapas y modos de su recorrido. El capitalismo, según él, genera un aparato político para que le proteja, pero ese aparato cobra autonomía y es el núcleo desde el que se acabará condenando al capitalismo como sistema económico (p. 17). Como puede verse, el argumento emplea la misma lógica que Marx, pero vuelta del revés, una operación que era la favorita de Marx. En este caso es la superestructura la que acaba dominando. El Estado se impone por el fracaso consustancial del capitalismo, que no es su falta de éxito económico (de nuevo la implícita vuelta a los razonamientos de Marx), sino que ese éxito real «no garantiza la armonía social» (p. 44). En otras palabras, «el desarrollo económico no ha demostrado ser el gran disolvente de las dificultades sociales» que los teóricos del capitalismo habían previsto (p. 45). La tentación «tercerista» de Heilbroner aparece otra vez bajo la fórmula de combinar las ventajas económicas del socialismo con la superioridad del sistema político democrático de los países capitalistas (p. 59). Este es su futuro deseable, en realidad la fórmula má-

gica más atractiva para la generalidad de los intelectuales, incluso algunos de la derecha.

En declaraciones más recientes, Heilbroner extrema su equilibrio «tercerista» al anticipar los males que puede traer la persistencia del capitalismo y la marcha hacia el socialismo. El certero diagnóstico que hace de la situación actual se puede resumir en estos síntomas: 1) El desarrollo económico no conduce de manera inexorable y satisfactoria al bienestar y al progreso social. 2) Todos los países capitalistas aceptan cada vez más los principios de la planificación económica, pero no pueden renunciar a ciertos elementos correctores que proporciona el sistema competitivo de mercado. 3) La extrema motivación adquisitiva que es la esencia del capitalismo lo que genera hoy es corrupción y excesivos costes sociales. 4) La esencia del socialismo reside en la extrema confianza en la perfectibilidad humana, lo que puede llegar a ser una justificación para la coerción, para no tolerar el disenso (Heilbroner 77).

Hasta aquí los augurios cósmicos de Heilbroner como un contrapunto de honrado pesimismo a los entusiasmos tecnólogos de los neoconservadores del Instituto Hudson de futurología. A diferencia de estos últimos, Heilbroner distingue siempre con sumo cuidado el futuro deseable del futuro probable, al menos en teoría, porque resulta inevitable un cierto contagio de esos dos «futuros».

Los últimos coletazos de las tesis «postindustrialistas»

Una manera de eludir el hecho de la singularidad o, mejor, de la extravagancia, del modelo capitalista encarnado en Estados Unidos, es la conceptualización del término «sociedad postindustrial» o sus equivalentes (algunos tan infantiles como el de «tecnocrática») para indicar que todos los países de capitalismo avanzado se dirigen hacia una situación que es la que representa ya la sociedad norteamericana. Esta es la simplificación más descarada, porque oculta el dato de que no todos los países capitalistas se desarrollan en iguales condiciones y porque tergiversa el hecho de que la excepcional dominación de las grandes empresas norteamericanas no se puede hacer equivalente a aceptación global del sistema norteamericano. En último término, preferir la calificación de «postindustrial» a la de «capitalista» significa resaltar los aspectos del desarrollo tecnológico y ocultar los problemas de desigualdad política, de crítica ideológica que para muchos intelectuales se corresponden con la hegemonía norteamericana. En el uso de esos términos de corte cientifista va implícita la idea de que desaparecen las clases de las sociedades capitalistas y que con ello se tiende hacia una convergencia con las sociedades socialistas. En consecuencia, los Estados Unidos representan un papel directivo y ejemplar en todos esos procesos. La «opulencia» americana, es decir, el consumo masivo de ciertos bienes, es el imán que atrae los esfuerzos desarrollis-

ticos del resto de los países. La influencia de los empresarios parece que se diluye en el fantástico poder de los «tecnócratas», mientras que la clase obrera reduce sus efectivos para hacerse cada vez más central el papel de los técnicos. Hasta aquí las ideas ya mostrencas y popularizadas, enunciadas como gran novedad hace algunos lustros por Daniel Bell, Brzezinski, Galbraith y otros. Por atractivas que puedan ser, no han venido a sustituir a cualquier otra reflexión intelectual sobre la realidad del capitalismo contemporáneo, por lo mismo que el interés por la ciencia-ficción no ha podido desplazar a la novela.

El hecho de la importancia extraordinaria que tiene hoy la ciencia no logra ser tal que las sociedades establezcan relaciones sociales y de poder cualitativamente distintas de las del inmediato pasado. Esta misma creencia es el sesgo que hace inverosímiles muchos de los escenarios de las narraciones de ciencia-ficción. Parte del oficio de «escribidor» es el de andar a la busca de novedades, de inventar discontinuidades. Novela y noticias (o nuevas, como antes se decía) proceden de la misma raíz que exalta lo nuevo. Nada más frustrante que tener que reconocer que las periféricas novedades del vivir cotidiano esconden unas mismas básicas relaciones sociales y de poder. El capitalismo con electrificación (o nuclearización) sigue siendo capitalismo. Los trabajadores siguen sin controlar la economía por mucho que hayan trocado el mono azul por la bata blanca. La «revolución científica-tecnológica» es sólo un modo de hablar con formidables palabras entre guiones, pero ello no afecta mucho al diferente modo de vida de unas y otras personas, en unos y otros países. Más aún, lo que han producido estos cambios tecnológicos es una más grave concentración de las unidades productivas, una separación insalvable entre los que controlan la economía y los que se someten a su disciplina; en una palabra, la pretendida «sociedad postindustrial» es una sociedad más descaradamente capitalista que las anteriores. En lo que sí se puede estar de acuerdo con sus teóricos es en que su realización más visible tiene lugar en Estados Unidos.

Pero no construyamos un maniqueo para luego destruirlo con toda comodidad. Dejemos que se exprese el propio Daniel Bell, como principal enunciador de la teoría de la sociedad postindustrial. Así lo ha hecho en algunas respuestas a diversas críticas de sus obras. No estará de más que recojamos el espíritu de esos contraargumentos. La experiencia dice que en las respuestas a las críticas los autores afilan el corte de sus tesis y en esas respuestas se contiene la semilla de nuevas obras. En una larga, enjundiosa y poco citada misiva de contestación a una crítica de Christopher Lasch, Bell remacha que no pretende «describir» lo que vaya a ser la futura sociedad, sino imaginar lo que «puede ser» en términos muy condicionales. Para ello diseña un andamio analítico que la inconsciente estética de la estabilidad hace que lo apoye en un trípode: la sociedad no es una «totalidad», como cree Lukács, ni aparece

«integrada», como supone Parsons; se descompone en tres reinos descoyuntados: la estructura social (tecnología, economía, ocupaciones), la política y la cultura. Cada uno admite unos principios y unos valores, y por ello el nivel conflicto es creciente (Bell 74a: 49). Para nuestro autor, la idea de la sociedad postindustrial procede de cambios en la estructura social (economía de servicios, centralidad de la innovación técnica, mayor complejidad de las relaciones sociales) que no determinan variaciones necesarias en las otras esferas, de tal modo que puede coincidir con regímenes políticos y sistemas de valores muy distintos. Dicho de otro modo, por el propio Bell, la sociedad postindustrial no es un concepto que se opone al de capitalismo y tampoco es su sucesor porque no pertenece a la esfera de la política, puede coincidir con políticas tan distintas como la de USA o URSS. En esa esfera de la estructura social Bell añade que la sociedad postindustrial vuelve a resaltar las líneas de estratificación vertical o estamentales que habían quedado borradas por la diferenciación horizontal o la clase de las sociedades industriales (p. 50). Lo que Bell no entra a valorar en este diálogo de sordos es el otro enfoque crítico de Lasch, quien sostiene que:

Para explicar «ciertas contradicciones en la sociedad contemporánea» [al decir de Bell], no es necesario, en mi opinión, invocar una teoría que atribuya esas contradicciones a la disyunción entre la sociedad, la cultura y la política. Las principales contradicciones de nuestra sociedad derivan de un hecho tajante y simple: que el sistema de producción en masa basado en el lucro privado, habiendo sobrepasado hace ya tiempo el punto en que la tecnología era capaz de satisfacer las necesidades sociales con un amplio margen, sobrevive hoy exclusivamente por medio de la guerra, el colonialismo, la creación de escaseces artificiales y la creación de una serie inacabable de nuevas «necesidades» que se presentan como indispensables para la realización personal (p. 51).

Es decir, Lasch deriva la discusión de las características de la sociedad postindustrial a las de la sociedad capitalista. La primera, al abstraer analíticamente una parte de la sociedad y al eliminar las coordenadas de lugar, impide que se critique una sociedad y un sistema de poder en concreto; esa sociedad, no hay que decirlo, es la norteamericana. El problema teórico fundamental no está en saber si esa sociedad va a ser o está siendo «postindustrial» en su literal sentido (sobre ello caben pocas dudas), como si va a poder seguir siendo capitalista, y si es así, de qué forma. Sobre este problema se escurre el argumento de Bell, futurizante y enciclopédico, pero remiso a plantearse esa grave cuestión. Mejor dicho, el plantearse otras en su lugar es ya un modo de contestar a esa pregunta fundamental. Su idea latente es que va a continuar inamovible el papel dominante de una clase (la de los que controlan las organizaciones productivas) y un país (Estados Uni-

dos y por extensión sus aliados postindustriales). Su opinión expresa es que los conflictos sociales dejarán de ser internacionales o intraclasis para reducirse al nivel de *élites* o bien a la escala local (Bell 74b: 24).

Daniel Bell confía inocente en que la nueva sociedad postindustrial elimine la figura dominante del empresario para colocar en su lugar el científico, el economista, el ingeniero de sistemas. No es una transformación de clases, sino un cambio de protagonistas, una rotación de *élites*. Este es un sueño platónico:

Las instituciones dominantes de la nueva sociedad —en el sentido de que van a provocar los desafíos más creadores y a recolectar los mejores talentos— van a ser las instituciones intelectuales. El liderazgo de la nueva sociedad no se va a apoyar en el empresario o en la empresa tal y como los conocemos (puesto que se va a rutinizar una gran parte de la producción), sino en los institutos de investigación, los laboratorios industriales, las estaciones experimentales y las universidades, y los directivos y administradores de todos esos centros (Bell 74c: 16).

En este argumento de Bell se resume la falacia capital de las tesis sobre el postindustrialismo, a saber, que la frecuencia estadística e incluso el brillo social de un fenómeno determina su dominancia política. Es cierto que hoy en Estados Unidos hay más universidades y más institutos de investigación que jamás hubo en la historia o hay en la geografía de cualquier país. No lo es menos que esa mayor frecuencia es compatible con la sumisión de los técnicos y creadores de cultura a las grandes organizaciones económicas, más grandes que nunca, como hemos visto. Se puede admitir la novedad e incluso la centralidad del sector científico o de producción de cultura o ideas, pero todavía más axial se nos aparece en el orbe capitalista actual el complejo de poder de las grandes empresas, no por casualidad radicadas en unos pocos países y sobre todo en Estados Unidos. La americanización del mundo, en este sentido, es más relevante que su tecnificación. El mismo Bell señala que de las cien primeras unidades económicas del mundo, 51 son empresas y el resto Estados, y de las empresas casi todas son norteamericanas (p. 37). Más aún, recuerda que en esos casos las políticas de las empresas pueden «frustrar los objetivos nacionales» de los Estados más pequeños (p. 38). Lo que no acierta a distinguir es la centralidad de ese proceso y la relativa impertinencia que supone el hecho de que la economía requiera hoy más científicos y técnicos.

Por si fuera poco ampulosa la expresión «sociedad postindustrial», Zbigniew Brzezinski —el que será más tarde cerebro de la política exterior de Carter— troquea una terminología aún más barroca, casi una expresión de la subliteratura de los *comics*: la «era tecnotrónica». Es el mundo penetrado por la fuerza unificadora de la tecnología y la electrónica, es decir,

otra vez el mismo disfraz para hurtar la presencia del capitalismo. Lo que no oculta, sino que realza, es el papel protagonista, estelar, de los Estados Unidos, elevados a la cúspide imperial. Digámoslo con las propias palabras de Brzezinski, como entusiasmado emigrante que es, y que prefiguran el mandarinato al que estaba ya abocado:

Los Estados Unidos son el principal agente mundial de la revolución tecnotrónica. La sociedad americana es la que tiene actualmente un mayor ascendiente sobre todas las demás, al activar una continua transformación de largo alcance en sus costumbres y principios. [...] Los Estados Unidos son hoy la sociedad innovadora y creadora. [...] Son el foco de la atención, la emulación, la envidia, la admiración y la animosidad de todo el mundo. Ninguna otra sociedad evoca sentimientos de tal intensidad. No hay asuntos internos de ninguna otra sociedad —incluida la violencia racial y urbana en América— que sean escrutados con tanta atención. No existe ninguna otra sociedad cuya política sea seguida con tan ávido interés, de tal manera que para muchos extranjeros la política interna de Estados Unidos se ha convertido en una ampliación esencial de la política de sus propios países. No existe ninguna otra sociedad que disemine a escala tan masiva su propio modo de vida y sus valores a través del cine, la televisión, las revistas con tiradas de millones de ejemplares o, sencillamente, sus productos. Ninguna otra sociedad es objeto de juicios tan contradictorios (Brzezinski 70: 25).

Es una retórica y narcisista manera de decir que los Estados Unidos son el imperio que domina el mundo capitalista. Todo se puede ver a través de otro cristal y los intelectuales son maestros en ese arte óptico. La mejor prueba es que ese párrafo triunfalista de Brzezinski se escribe en el momento del cenit de la «escalada» vietnamita.

Herman Kahn, el mago de la futurología desde su puesto de director del famoso Instituto Hudson, se atreve a cuantitativizar el optimismo económico de la fase postindustrial que él imagina a escala planetaria para «los próximos diez, veinte o treinta años». En esos plazos de renta real per cápita de los diferentes países oscilará entre 5.000 y 25.000 dólares (se supone que constantes del momento en que esto se predice), es decir, diez veces la renta de la fase «industrial» que es la que se conoce como último dato. Un siglo más y el incremento será tal que habremos (o habrán) desembocado en la «era posteconómica», en la que los problemas económicos, tal y como hoy los conocemos, «seguramente se considerarán triviales e irrelevantes» (Kahn 74a: 147). Como puede verse, la borrachera de los tecnólatras puede resultar mareante. Estas imágenes del futuro en las que se proyecta, mejor, se estira un solo factor hasta la caricatura, recuerdan aquellos infantiles dibujos del siglo pasado en los que se trazaba el paisaje urbano del futuro

siglo xx todo cubierto de chimeneas fabriles, de hilos telegráficos y de globos. La orgía futurística de Kahn llama todavía más la atención porque se enuncia en plena crisis económica, una crisis que engorda las arcas de las grandes empresas y de los pequeños países productores de petróleo, pero que congela por un lustro ya el esperado crecimiento económico de la mayoría de los países. De momento, pues, lo que nos han traído los primeros años de la supuesta «era postindustrial» es un parón en el crecimiento global y un recrudecimiento de las diferencias económicas a escala internacional. Todo ello no es ninguna novedad; son fenómenos experimentados de continuo en la prosaica «era industrial». Lo que parece inimaginable es que esta situación se pueda proyectar, sin más, hacia el futuro, sin que salte, por así decirlo, el sistema económico que da lugar a esas tremendas disparidades. En plena crisis energética no se puede concluir, como hace Kahn, que «nuestros problemas en el futuro es más probable que se asocien con la opulencia que con la pobreza, la miseria, la contaminación o la escasez de materias primas» (Kahn 74b: 203). O se puede concluir siempre que ese «nuestros» se refiera a la clase dominante de los países dominadores. El resto del mundo anda todavía bien trabado con los problemas de la pobreza, la contaminación o la escasez de materias primas.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- CHARLES H. ANDERSON: *The Political Economy of Social Class* (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1974).
- RICHARD J. BARNET: *Roots of War* (New York: Atheneum, 1972).
- y RONALD E. MÜLLER: *Global Reach: The Power of the Multinational Corporations* (New York: Simon and Schuster, 1974).
- DANIEL BELL e IRVING KRISTOL (comp.): *Capitalism Today* (New York: Basic Books, 1971).
- y CHRISTOPHER LASCH: "An Exchange on Post-Industrial Society", *The New York Review of Books* (24 enero 1974a), 49-52.
- y PETER N. STEARNS: "Is There a Post-Industrial Society", *Society* (mayo-junio 1974b), 11 y ss.
- "The Post-Industrial Society: Expectations for the 1970s and 1980s", *Kahn*, 74c, 13-46.
- PETER L. BERGER: *Pyramids of Sacrifice: Political Ethics and Social Change* (New York: Doubleday, 1976d).
- NORMAN BIRNBAUM: *Toward a Critical Sociology* (New York: Oxford University Press, 1971a).
- ZBIGNIEW BRZEZINSKI: *Between Two Ages* (New York: The Viking Press, 1970).
- McGEORGE BUNDY: "The American and the World", *Daedalus* (invierno 1978), 289-303.
- NEIL W. CHAMBERLAIN: *Remaking American Values: Challenge to a Business Society* (New York: Basic Books, 1977).
- PETER F. DRUCKER: "The New Markets", en D. BELL e I. KRISTOL (comp.): *Capitalism Today* (New York: Basic Books, 1971).
- "Management's New Role: The Price of Success", *Kahn*, 74, 49-71.
- DANIEL R. FUSFELD: "The Rise of the Corporate State in America", *Journal of Economic Issues* (marzo 1972), 1-22.
- JOHN KENNETH GALBRAITH: "A Hard Case", *The New York Review of Books* (20 abril 1978), 6-9.
- ROBERT L. HELBRONER: "The Human Prospect", *The New York Review of Books* (24 enero 1974), 21-34.
- *Business Civilization in Decline* (New York: W. W. Norton, 1976).
- "Trying to Make Sense of It", *Herald Tribune* (12 octubre 1977).
- NICHOLAS VON HOFFMAN: "Island America?", *Skeptic*, 8 (1975), 56.
- HERMAN KAHN (comp.): *The Future of the Corporation* (New York: Mason & Lipscomb, 1974).
- "Forces for Change", *Kahn*, 74a, 97-151.
- "The Future of the Corporation", *Kahn*, 74b, 197-211.
- IRVING KRISTOL: "When virtue loses all her loveliness. Some reflections on capitalism and the free society", *Bell*, 71, 3-15.
- DANIEL P. MOYNIHAN: "Presenting the American Case", *The American Scholar* (otoño 1975b), 564-583.
- MICHAEL NOVAK: "A Closet Capitalist Confesses", *The Wall Street Journal* (20 abril 1976b).
- JEREMY RIFKIN y otros: *Common Sense II: The Case Against Corporate Tyranny* (New York: Bantam Books, 1975).